

Los textos narrativos

La narración es un tipo de texto en el que se cuentan hechos reales o ficticios y en el que la acción es llevada a cabo por unos personajes en un tiempo y en un espacio determinados.

En una narración se distingue la estructura externa y la estructura interna. La primera organiza el contenido de la historia en capítulos, partes, secuencias, etc. y la segunda depende del orden de los acontecimientos. Por lo tanto, la estructura interna puede ser lineal (el orden del discurso sigue el orden de la historia) o no lineal si se traslada la acción al pasado (*flashback* o retrospectión) o bien se anticipan acciones (*flash-forward* o anticipación).

Los elementos principales de los textos narrativos son el narrador y el punto de vista, los personajes, el tiempo y el espacio. Si se narra en tercera persona se pueden dar dos tipos de narrador: el omnisciente, que conoce los hechos y sabe lo que piensan y sienten los personajes, y el observador, que sólo cuenta lo que puede observar. En primera persona se pueden dar otros dos tipos: el protagonista en el que el narrador es también el protagonista y el testigo donde el narrador es un testigo de los hechos. La narración en segunda persona puede darse, pero es menos habitual.

Los personajes son el elemento fundamental de la narración y se organizan, según su grado de participación en la historia, en personajes principales y secundarios. Se pueden caracterizar de forma directa a partir de los datos que proporciona el narrador u otro personaje del relato o de forma indirecta a partir de lo que se deduce de sus pensamientos, comentarios, acciones, gestos, etcétera.

En cuanto al tiempo existen dos modalidades: el tiempo externo o histórico, es decir, la época o momento en el que se sitúa la narración y el tiempo interno o espacio de tiempo que ocupan los acontecimientos narrados en la historia.

Por último, el espacio es el marco físico donde se ubican los personajes y los ambientes geográficos y sociales en los que se desarrollan las acciones. Pueden ser abiertos o cerrados y suelen ser indicadores de comportamientos y estados anímicos o incluso convertirse en un personaje, en el centro del relato.

Desde el punto de vista lingüístico, y puesto que lo narrado son principalmente acciones, el verbo ocupa un lugar destacado. Predominan los verbos en pasado, en especial los pretéritos perfectos simples y los imperfectos de indicativo.

Crónica de una muerte anunciada

higuerón: árbol con tronco corpulento, copa espesa, hojas grandes y alternas, fruto de mucho jugo, y madera fuerte, correosa, de color blanco amarillento.

presagio: adivinación o conocimiento de las cosas futuras por medio de señales que se han visto o de intuiciones y sensaciones.

estribo: pieza de metal, madera o cuero en que el jinete apoya el pie.

sedimento de estribo de cobre: regusto metálico.

destazar: trocear, hacer pedazos.

turbio: mezclado o alterado por algo que oscurece o quita la claridad natural o transparencia.

caqui: tela resistente, cuyo color varía desde el amarillo de ocre al verde gris.

hacienda: finca agrícola.

El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros. «Siempre soñaba con árboles», me dijo Plácida Linero, su madre, evocando 27 años después los pormenores de aquel lunes ingrato. «La semana anterior había soñado que iba solo en un avión de papel de estaño que volaba sin tropezar por entre los almendros», me dijo. Tenía una reputación muy bien ganada de intérprete certera de los sueños ajenos, siempre que se los contaran en ayunas, pero no había advertido ningún augurio aciago en esos dos sueños de su hijo, ni en los otros sueños con árboles que él le había contado en las mañanas que precedieron a su muerte. Tampoco Santiago Nasar reconoció el presagio. Había dormido poco y mal, sin quitarse la ropa, y despertó con dolor de cabeza y con un sedimento de estribo de cobre en el paladar, y los interpretó como estragos naturales de la parranda de bodas que se había prolongado hasta después de la media noche. Más aún: las muchas personas que encontró desde que salió de su casa a las 6:05 hasta que fue destazado como un cerdo una hora después, lo recordaban un poco soñoliento pero de buen humor, y a todos les comentó de un modo casual que era un día muy hermoso. Nadie estaba seguro de si se refería al estado del tiempo. Muchos coincidían en el recuerdo de que era una mañana radiante con una brisa de mar que llegaba a través de los platanales, como era de pensar que lo fuera en un buen febrero de aquella época. Pero la mayoría estaba de acuerdo en que era un tiempo fúnebre, con un cielo turbio y bajo y un denso olor de aguas dormidas, y que en el instante de la desgracia estaba cayendo una llovizna menuda como la que había visto Santiago Nasar en el bosque del sueño.

Santiago Nasar se puso un pantalón y una camisa de lino blanco, ambas piezas sin almidón, iguales a las que se había puesto el día anterior para la boda. Era un atuendo de ocasión. De no haber sido por la llegada del obispo se habría puesto el vestido de caqui y las botas de montar con que se iba los lunes a El Divino Rostro, la hacienda de ganado que heredó de su padre, y que él administraba con muy buen juicio aunque sin mucha fortuna.

En el monte llevaba al cinto una 357 Magnum, cuyas balas blindadas, según él decía, podían partir un caballo por la cintura. En época de perdices llevaba también sus aperos de cetrería. En el armario tenía además un rifle 30.06 Mannlicher-Schönauer, un rifle 300 Holland Magnum, un 22 Hornet con mira telescópica de dos poderes, y una Winchester de repetición. Siempre dormía como durmió su padre, con el arma escondida dentro de la funda de la almohada, pero antes de abandonar la casa aquel día le sacó los proyectiles y la puso en la gaveta de la mesa de noche. «Nunca la dejaba cargada», me dijo su madre. Yo lo sabía, y sabía además que guardaba las armas en un lugar y escondía la munición en otro lugar muy apartado, de modo que nadie cediera ni por casualidad a la tentación de cargarlas dentro de la casa. Era una costumbre sabia impuesta por su padre desde una mañana en que una sirvienta sacudió la almohada para quitarle la funda, y la pistola se disparó al chocar contra el suelo, y la bala desbarató el armario del cuarto, atravesó la pared de la sala, pasó como un estruendo de guerra por el comedor de la casa vecina y convirtió en polvo de yeso a un santo de tamaño natural en el altar mayor de la iglesia, al otro extremo de la plaza. Santiago Nasar, que entonces era muy niño, no olvidó nunca la lección de aquel percance.

La última imagen que su madre tenía de él era la de su paso fugaz por el dormitorio. La había despertado cuando trataba de encontrar a tientas una aspirina en el botiquín del baño, y ella encendió la luz y lo vio aparecer en la puerta con el vaso de agua en la mano, como había de recordarlo siempre. Santiago le contó entonces el sueño, pero ella no les puso atención a los árboles.

—Todos los sueños con pájaros son de buena salud —dijo.

Lo vio desde la misma hamaca y en la misma posición en que la encontré postrada por las últimas luces de la vejez, cuando volví a este pueblo olvidado tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria.

aperos de cetrería:

instrumentos y herramientas para la caza de aves con halcones.

gaveta: cajón corredizo que hay en los escritorios y sirve para guardar lo que se quiere tener a mano.

desbaratar: destrozar.

percance: contratiempo o daño.

astilla: fragmento irregular que salta.



GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *Crónica de una muerte anunciada*, Editorial Mondadori, Barcelona, 1988.

Comentario de texto

A. Comprensión del texto

1. **Explica las similitudes entre el título de la obra y la frase con la que se inicia la novela.**

La frase con la que se inicia el fragmento, que corresponde al principio de la novela («El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar...»), anuncia la muerte del protagonista. Es, por tanto, una muerte anunciada, cuyos detalles se irán relatando a lo largo de la novela, y de ahí el título: *Crónica de una muerte anunciada*.

2. **Una crónica se puede definir como una historia detallada de un acontecimiento, escrita por un testigo o por alguien contemporáneo a los hechos que ha registrado sin comentarios todos los detalles que ha visto y los que le han contado otras personas. ¿Qué aspectos de este fragmento justifican que la obra se considere una crónica?**

El texto se puede considerar una crónica porque el autor aporta de forma precisa el momento en que suceden los hechos (horas exactas), el inventario de las armas del protagonista, Santiago Nasar, los detalles sobre su forma de actuar de las que el propio narrador ha sido testigo, las declaraciones de otros testigos (como la madre), la explicación del contenido de los sueños del protagonista, etcétera.

3. **Explica el significado de las expresiones:**

«**la hacienda de ganado que heredó de su padre, y que él administraba con muy buen juicio aunque sin mucha fortuna**»: realizaba su trabajo con sensatez y rigor, pero los resultados no eran del todo satisfactorios.

«**recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria**»: recopilar, ordenar y estructurar todos los datos que el paso del tiempo ha difuminado en la memoria colectiva.

B. Contextualización y tipología textual

El fragmento pertenece a la obra *Crónica de una muerte anunciada*, una de las novelas más importantes de Gabriel García Márquez, escritor colombiano que fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1982. García Márquez es uno de los principales representantes del llamado *boom* de la novela hispanoamericana, caracterizada entre otros muchos aspectos por el uso novedoso de las técnicas narrativas. El nombre de *crónica* no sólo da título a la obra, sino que manifiesta su planteamiento estructural y narrativo, a través del narrador testigo y los numerosos datos, cartas, declaraciones, etc., que se utilizan para reconstruir el suceso.

Es un texto narrativo en el que se relatan, alternando la primera persona (narrador testigo) y la tercera, todos los hechos relacionados con la muerte de Santiago Nasar. El carácter narrativo se refleja en el uso de los tiempos verbales: los pretéritos perfectos simples («levantó», «sintió», «reconoció»,

«interpretó»...) expresan acciones ocurridas en el pasado en un periodo de tiempo concreto que ya ha terminado, y los pretéritos imperfectos de indicativo expresan acciones pasadas en un tiempo indefinido en las que se explican los sueños del protagonista («atravesaba», «caía»...) y las referencias a los recuerdos que tenían de ese día los testigos de los hechos («recordaban», «coincidían»...).

C. Tema y argumento

En este fragmento destaca el tema del destino fatal y trágico, que se manifiesta en los sueños del protagonista («Tenía una reputación muy bien ganada de intérprete certera de los sueños ajenos, siempre que se los contaran en ayunas, pero no había advertido ningún augurio aciago en esos dos sueños de su hijo, ni en los otros sueños con árboles que él le había contado en las mañanas que precedieron a su muerte»).

En cuanto al argumento el texto relata brevemente los hechos que acontecen pocas horas antes de la muerte de Santiago Nasar, y sitúa con cuatro pinceladas a este personaje (los sueños, la hacienda, las armas que tiene), es decir, trata de situar los hechos que van a ser relatados.

D. Estructura

a) Externa

El fragmento se divide en cinco partes. La primera nos anuncia la muerte de Santiago Nasar y el contenido de sus sueños que su madre no interpreta como presagios de muerte; la segunda, la salida de su casa y el recuerdo de los testigos en relación al tiempo que hizo esa mañana; la tercera nos explica que ese día no llevaba su indumentaria habitual para trabajar en la hacienda. La siguiente nos relata detalladamente cuáles eran sus armas y por qué era tan precavido a la hora de manipularlas. Finalmente, se narran los recuerdos de su madre años después, cuando recibe la visita del narrador, cuyo objetivo es recomponer la historia de aquel suceso.

b) Interna

La historia es relatada en tercera y primera persona por un narrador testigo. La primera persona aparece en dos ocasiones al final del fragmento para situar al narrador en los hechos y exponer su intención («la encontré postrada», «cuando volví a este pueblo olvidado tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria»). La tercera persona se utiliza para relatar la crónica de los hechos («levantó», «sintió», «reconoció», «heredó», «recordaban», «coincidían»...). El punto de vista desde el que se narra la historia varía. Los hechos no sólo se presentan desde la perspectiva del narrador, sino también desde la de otros personajes (madre y testigos). A veces los testimonios se contradicen («Muchos coincidían en el recuerdo de que era una mañana radiante con una brisa de mar que llegaba a través de los platanales, como era de pensar que lo fuera en un buen febrero de aquella época. Pero la mayoría estaba de acuerdo en que era un tiempo fúnebre, con un cielo turbio y bajo y un denso olor de aguas dormidas, y que en el instante de la desgracia estaba cayendo una llovizna menuda»).

Los personajes que aparecen en este fragmento son: Santiago Nasar, Plácida Linero (madre de Santiago), el narrador y los testigos. El protagonista de la novela es un joven al que la fatalidad llevará a la muerte. Se dedica a la administración de su hacienda, heredada de su padre, «con muy buen juicio aunque sin mucha fortuna». Su madre, Plácida Linero «tenía una reputación muy bien ganada de intérprete certera de los sueños ajenos» y es uno de los testigos que relata su versión de los hechos al cronista. Finalmente, el narrador testigo regresa veintisiete años más tarde al pueblo de Santiago para intentar recomponer la historia de ese día aciago. En cuanto al tiempo, se debe distinguir entre el tiempo externo o histórico y el tiempo interno. El tiempo externo se sitúa veintisiete años después de la muerte de Santiago Nasar, cuando el narrador se reúne con la madre del protagonista para reconstruir los hechos. El tiempo interno se sitúa a las 5.30 de la mañana de un lunes del mes de febrero (unas horas antes de la muerte), después de un domingo de celebraciones con motivo de una boda.

Finalmente, el lugar donde ocurren los hechos es un pueblo del que no se precisa su nombre, aunque se sabe que está cercano a la costa caribeña y prácticamente aislado. En el fragmento sí aparece, sin embargo, el nombre de la hacienda de Santiago Nasar: El Divino Rostro.

Desde el punto de vista lingüístico, el fragmento alterna el registro coloquial y el registro culto, sobre todo en las descripciones. La narración manifiesta además un claro gusto por el detalle y por la puntualización de todos los pormenores tal y como corresponde al subgénero de la crónica («El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana», «las muchas personas que encontró desde que salió de su casa a las 6.05», «En el armario tenía además un rifle 30.06 Mannlicher-Schönauer, un rifle 300 Holland Magnum, un 22 Hornet con mira telescópica de dos poderes, y una Winchester de repetición»).

E. Opinión

¿Crees que la interpretación de los sueños puede aportar explicaciones a sucesos pasados, presentes o futuros?

Respuesta orientativa.

Los sueños pueden mostrar las obsesiones, las preocupaciones y las angustias del que sueña. Sin embargo, no se pueden interpretar como predicciones fiables del futuro.

F. Creación

Escribe una breve crónica de algún suceso especial que te haya sucedido.

Respuesta orientativa.

La crónica es una noticia ampliada y exige la presencia del que la escribe en el lugar de los acontecimientos. La intención del cronista no es sólo informar, sino formar opinión y entretener, por lo que la variedad de estilo es fundamental.

El monte de las Ánimas

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

[...] Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, ahí va, como el caballo de copas.

I

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el monte de las Ánimas.

15 —¡Tan pronto!

—A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

30 Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía a los templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes,

miente: pensamiento.

aguijonear: incitar o estimular.

ánima: alma.

refrenar: reducir al caballo con el freno.

comitiva: acompañamiento.

coto: terreno acotado.

atrio: andén que hay delante de algunos templos y palacios, por lo regular enlosado y más alto que el piso de la calle.

jirón: pedazo desgarrado del vestido o de otra ropa.

sudario: lienzo que se pone sobre el rostro de los difuntos o en que se envuelve el cadáver.

breña: tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza.

zarzal: lugar poblado por arbustos.

35 el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla; que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al
40 fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos. Cundió la
45 voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el
50 monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos a quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemi-
55 gos, comenzó a arruinarse. Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras
60 dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes
65 llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo: «El monte de las Ánimas», en *Leyendas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.

Comentario de texto

A. Comprensión del texto

1. Las leyendas literarias son narraciones ficticias, casi siempre de origen oral, que apelan a lo maravilloso. Están ligadas habitualmente a un elemento preciso (lugar, objeto o personaje) que se integra en el mundo cotidiano o en la historia de la cultura a la cual pertenece la leyenda. A menudo se desarrollan en un lugar y un tiempo precisos y reales. Teniendo en cuenta lo expuesto, justifica el hecho de que «El monte de las Ánimas» se considere una leyenda.

El monte de las Ánimas es una leyenda por los siguientes motivos: se relatan sucesos sobrenaturales (lo que sucede la noche de los difuntos en el monte de las Ánimas) ligados a hechos aparentemente históricos (la batalla propiamente dicha) que se sitúan en un lugar concreto y real (El monte de las Ánimas está próximo a la ciudad de Soria).

2. Explica el significado de las siguientes expresiones:

- a) «me trajo a las mientes»: me recordó.
- b) «Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda»: a menudo, cuando uno deja volar la imaginación, resulta imposible frenarla.

3. Responde:

- a) ¿Qué era la orden de los templarios?

Era una orden de caballería que se creó en el siglo XII y cuya finalidad era proteger a los que iban a visitar los Santos Lugares de Jerusalén durante su viaje.

- b) ¿Cuál es el origen de la disputa entre los templarios y los nobles castellanos?

La disputa entre templarios y nobles castellanos se origina al depositar el rey la confianza de la defensa de sus tierras en manos de los templarios, provocando así el descontento de los nobles castellanos que previamente habían reconquistado ellos solos el territorio. A partir de este hecho se suceden los desencuentros hasta que al fin se enfrentan en una gran batalla y siembran de cadáveres el monte.

4. Busca un sinónimo para cada una de estas palabras:

tañido: repique

agravio: injuria, ofensa, afrenta, ultraje

acotado: delimitado

B. Contextualización y tipología

El fragmento pertenece al principio de la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer, «El monte de las Ánimas». Bécquer es un autor del Romanticismo tardío español y destaca principalmente por su producción poética,

las *Rimas*. Las leyendas plasman el gusto romántico por la imaginación, la fantasía y lo maravilloso, y para ello recrean el medievo y rescatan relatos tradicionales. Las leyendas becquerianas se caracterizan por su atmósfera de irrealidad y misterio.

El fragmento reproduce un relato (narración de Alonso) dentro de otro relato (la leyenda de Bécquer), de ahí que se alternen la primera y la tercera persona, puesto que se dan dos niveles de narración para contar unos hechos legendarios acaecidos en este monte cercano a la ciudad de Soria. El carácter narrativo se refleja en el uso de los tiempos verbales: los pretéritos perfectos simples («despertó», «trajo», «oí», «acaeció», «fermentó», «estalló», etc.) expresan acciones ocurridas en el pasado en un periodo terminado ya para el narrador de la leyenda (Bécquer) y para el narrador de la historia del monte de las Ánimas (el personaje Alonso), los pretéritos imperfectos de indicativo expresan acciones pasadas inacabadas («duraba», «llegaba») y el presente de indicativo («ignoras», «sucede», etc.) y el futuro («comenzarán», «pondré», etc.) aparecen en el diálogo que se produce entre los personajes de la leyenda, Alonso y Beatriz.

C. Tema y argumento

El tema es la rememoración de un hecho legendario extraordinario que se produjo en el mismo lugar en el que se encuentran los personajes durante la noche de difuntos.

En cuanto al argumento, los hechos transcurren en Soria, en el llamado monte de las Ánimas, la víspera del día de difuntos. Los Condes de Borques y de Alcudiel, junto a sus hijos Alonso y Beatriz están de cacería. Al llegar la noche Alonso decide regresar a la ciudad porque no quiere que la noche los atrape en el monte de las Ánimas. Beatriz, sorprendida, solicita a Alonso que le explique el porqué de su actitud y Alonso le relata la historia del monte de regreso a la ciudad de Soria.

D. Estructura

a) Externa

El fragmento se divide en dos bloques, que se corresponden con los dos niveles de la narración y que se distinguen tipográficamente. En el primero el autor, Bécquer, explica cuál es el motivo que le lleva a poner por escrito «esta tradición que oí hace poco en Soria». La segunda parte es el cuerpo de la leyenda que, a su vez, se puede dividir en tres partes. La primera es el diálogo que sirve de presentación de los protagonistas de la leyenda, del lugar en el que se encuentran y la acción de la que participan, la segunda es el relato de Alonso sobre la historia del monte de las Ánimas y la tercera y última narra la llegada a Soria de los protagonistas.

b) Interna

En la primera parte del texto el autor narra en primera persona y en pasado los motivos que le inducen a contar la leyenda. Bécquer manifiesta que actúa como simple transmisor de informaciones orales, como si fuera un

simple cronista, con la intención de acentuar la verosimilitud de su relato. En la segunda parte, que empieza con un diálogo *in media res*, se alternan el narrador omnisciente en tercera persona para presentar a los personajes y situarlos en el espacio y el tiempo, y el narrador, también omnisciente, en tercera persona de la historia del monte de las Ánimas. En este último caso, el narrador coincide con el protagonista de la leyenda, Alonso.

En cuanto a los personajes, se debe distinguir entre los personajes de la leyenda, Alonso y Beatriz principalmente, y los personajes de la historia que cuenta Alonso, los templarios, los condes castellanos y el rey. Ninguno de ellos está caracterizado. De los protagonistas de la leyenda sólo sabemos que son jóvenes, hijos de condes y que Beatriz ha pasado un tiempo fuera del país.

En cuanto al tiempo, se debe distinguir entre el tiempo externo o histórico y el tiempo interno. El tiempo externo engloba tres momentos: el momento en que el autor escribe los hechos, el momento en que ocurrieron los hechos narrados en la leyenda y que se sitúan en un pasado impreciso posterior a la Edad Media y anterior al tiempo del autor, y el momento en que se producen los hechos narrados por el protagonista, que se sitúa en los tiempos de la Reconquista. El tiempo interno es la vigilia del día de difuntos.

Los espacios en los que se desarrolla la leyenda son el monte de las Ánimas y la ciudad de Soria, y también el espacio donde el autor escribe las leyendas, una casa en una noche lluviosa.

E. Opinión

Teniendo en cuenta la importancia que cobra el paisaje y la naturaleza en el Romanticismo, ¿crees que esta leyenda se adapta a esta característica de la estética romántica?

Respuesta orientativa.

En la leyenda se aprecia el gusto por lo nocturno, las ruinas y los ambientes sepulcrales; el paisaje cobra interés por sí mismo.

F. Creación

Es probable que hayas oído alguna vez la expresión «leyenda urbana». ¿Podrías explicar qué significa? ¿Conoces alguna?

Respuesta orientativa.

Las leyendas urbanas son relatos que, aunque puedan contener elementos inverosímiles, se presentan como crónica de hechos reales sucedidos en la actualidad. Se transmiten principalmente a través del boca a boca, los medios de comunicación e Internet. Una misma leyenda urbana puede llegar a tener infinidad de versiones. El término *urbanas* se utiliza para oponerlas a las leyendas tradicionales que han perdido su vigencia y se identifican con épocas pasadas. A menudo, el narrador presenta a los protagonistas de una leyenda urbana como conocidos de alguna persona cercana.

Un duro falso

yestú: expresión vulgar que equivale a: «oyes tú».

obra prima: obra de zapatería que se hace de nuevo a diferencia de componer y remendar calzado.

apremiar: dar prisa a alguien a que haga prontamente algo.

puntillón: golpe que se da con la punta del pie.

desmedrado: que no ha alcanzado su desarrollo normal.

aquilatar: apreciar.

haragán: holgazán, vago.

zángano: persona desmañada y torpe.

plebeya: que no es noble.

ignominioso: humillante.

obrador: taller artesanal.

batir: golpear.

crespo: rizado de forma natural.

abalorio: adorno.

— **N**o te vengas sin cobrar, ¿yestú?

La orden repercutía con martilleo monótono en la cabeza, redonda y rapada, del aprendiz de obra prima. ¿Sin cobrar? De ningún modo. En primer término, le obligaba el punto de honra, el deseo de acreditar que servía para algo —¡le habían repetido tantas veces, en tono despreciativo, la afirmación contraria!—. En segundo, le apremiaba el horror nervioso, profundo, a la vergüenza del infalible puntillón del maestro...

¡El maestro! ¡Si Natario, el desmedrado granuja, fuese capaz de aquilatar la exactitud de las denominaciones, sacaría en limpio que no procedía nombrar maestro a quien nada enseña! ¡Aun sin razonarlo, Natario lo percibía, y no podía sufrirlo, señores! Había un fondo de amargor en el alma oprimida del chico. Le faltaba aire de justicia; se sentía ofendido, menospreciado, y acaso en su propia ofensa latía la de una colectividad. No daba a estos sentimientos su verdadero alcance; no era consciente de ellos. Protesta sorda, oscura, que se exaltaba a fin de mes, cuando la madre de Natario, asistenta y casi mendiga, tenía que aflojar una peseta por los derechos de aprendizaje de su hijo.

—¿Te da labor el señor Romualdo? ¿Aprendes o no? Culpa tuya será, haragán, flojo, zángano... ¡Pum!

Y la mano ruda, deformada, de la madre plebeya caía sobre la cabeza pálida y afeitada al rape. Natario se sorbía las lágrimas, se guardaba el golpe —porque no era ignominioso— y volvía al obrador con más indignación depositada en el pecho. ¿Quién aprende, vamos a ver, si no le ponen tarea; si en vez de confiarle un cacho de suela remojada para batirla, solo le dan unas hojas de papel con que apremiar a la gente? A él no le encargaban sino que se llegase aquí o acullá, a casas situadas en barrios extraviados, a subir pisos y más pisos, para que le despidiesen con el encargo de volver a primeros de mes, cuando hay dinerete fresco... Así rompía Natario su calzado propio, sin esperanzas de adiestrarse en fabricar el ajeno nunca. Los pares de botas alineados en el mostrador, con sus puntas relucientes, cristalinas a fuerza de restregones de crema smart; los zapatos de alto taconcito y moño crespo, de seda y abalorio, parecían desdeñar sus afanes de artista. «No nos construirás nunca. Tú, a mal barrer el obrador y a atropellar recados.»

Algo semejante a esto le decían los demás oficiales con sus burlas y chanflonerías. El aprendiz recadero era el hazmerreír, el tema
 40 jocosos de las conversaciones. Su huraña tristeza, su aire de persona herida por la suerte, daban larga tela regocijada a los intermedios de la labor, cigarrillo en boca. Le ponían motes efímeros –Papa Notario, el Tranvía– por irrisión de que ignoraba lo que era subirse a este popularísimo vehículo. Bien podría, como otros
 45 golfos, trepar a la plataforma y estarse allí hasta que le corriesen; pero a Natario le dolía, como sabemos, el punto de honra maldecido... En su sangre pobre, de chico escrofuloso y enteco por desnutrición, corría quizá una vena azul cobalto, algo que infunde al espíritu el temple de la altivez y no permite exponerse jamás a ser afrentado mercedamente... Sin razón, claro es que aguantaba
 50 bochornos y malos tratamientos... ¡Con razón, concho, con razón nadie había tenido qué decirle al hijo de su madre! Y el hervor de aquella indignación consabida se acrecentaba, y sus burbujas subían al cerebro del chiquillo, casi adolescente, alborotando sus
 55 primeras pasionalidades. Sus manos se crispaban, su garganta se contraía. Después, calmado el acceso, recaía en esquiva y pasiva obediencia.



Le encontramos volviendo al taller, después de una de sus odiseas de entrega y cobro. ¡Qué rendido venía! Arrastraba los pies. Eran
 60 las seis de la tarde, y desde las once, hora en que su madre le había dado unas sopas de corruscos de pan flotando en aguachirle turbia, ningún alimento confortaba su estómago. Natario conocía el origen de su desconsuelo, del desfallecimiento angustioso que engendraba su cansancio; un mendrugo y una copa de vino lo remediaría... Otros chicos, en las calles que el aprendiz iba recorriendo,
 65 extendían la mano, contando cosas muy plañideras, y los señores,

efímero: pasajero, de corta duración.

irrisión: burla con que se provoca la risa a costa de alguien.

correr: en el texto, despedir a alguien del trabajo.

escrofuloso: predispuesto a contraer enfermedades infecciosas, sobre todo la tuberculosis.

enteco: enfermizo, débil, flaco.

cobalto: elemento químico que tiene algunos derivados de color azul que se utilizan como colorantes.

corrusco: parte más tostada del pan que se corresponde con los extremos.

aguachirle: bebida sin sustancia.

plañidera: desgraciada, que provoca pena o llanto.

resuello: respiración.

macilento: flaco y descolorido.

sin mirarlos les alargaban perros. «Si tiés hambre, ingéniate como los demás», era la imperiosa instrucción de la madre. Ingeniarse significaba pedir limosna o... Esto último no acertaba ni a pensar-
 70 lo. Y lo otro, tampoco: una luz de la conciencia le mostraba que ambos recursos se asemejan y a veces se confunden. Él, Natario, viviría de su sudor, pero con la frente alta..., es un decir, y lo de la frente alta, una frase que jamás había pronunciado el chico; pero dentro de sí, Natario se hacía superior a la humillación de su inutil-
 75 lidad y pequeñez, con la certidumbre de no ser capaz –ni de trance de muerte– de «ingeniarse como los más», ¡mendigos o rateros!

En el bolsillo de su raído pantalón, pesaban los cuartos de la cobranza, seis duros, cuatro pesetas, unos céntimos. Natario, por costumbre, deslizaba la mano frecuentemente, palpando las monedas, con terror de perder alguna, que se escurriese por agujeros
 80 invisibles del forro. Allí estaban; no se habían evaporado. Natario se detuvo a respirar, con el **resuello** corto y nublada la vista. Luego, de una arrancada desesperada, salvó las tres o cuatro calles que le separaban del establecimiento de su patrono.

85 –¿Viene la cantidad? –los ojos encarnizados del zapatero interrogaban severamente.

–Aquí la traigo...

Entre las ansias del sobrealiento y el impulso irresistible de rendir pronto lo que no era suyo, Natario jadeaba. Risas sofocadas salieron del obrador, donde, silbando un tango verde, los compañeros
 90 cosían y batían suela. Hacíales gracia lo fatigoso que llegaba el bueno de Tranvía.

–Oye, oye, guasón... ¿qué diez me traes aquí? –interrogó el patrono, al contar la entrega-. ¿Tú te has creído, sabandija, que voy
 95 a tomarte por buena moneda falsa?

–¿Moneda falsa? –Natario repetía las palabras atónito, sin comprender.

–¡Hazte el tonto!... ¡Buen tonto aprovechado estás tú! Te guardas el duro legítimo y me das el de plomo indecente. ¡A ver, venga mi
 100 duro, más pronto que la vista!

Un lloro repentino, un hipo asfixiante, una queja que vibraba furiosa...

–¡Es el que man dao! ¡El que man dao! ¡No man... dao... otro!

La diestra nervuda y velluda del patrono descargó un revés en la
 105 mejilla **macilenta** del aprendiz, sofocado por las lágrimas y la rebeldía de su orgullosa honradez.

–¡Agua va!

—¡Apúntate esa!

110 Eran las voces mofadoras de los verdaderos aprendices, de los que machacaban el cuero y tiraban del hilo encerado. El estallido del bofetón, el alboroto de la bronca, los distraían.

—¡Por robar a tu maestro! —exclamó el zapatero violentamente, secundando en el otro carrillo.

115 Natario no sintió el dolor del brutal soplamocos; las muelas le temblaron, pero ni lo advirtió siquiera. Allá dentro, en el fondo mismo de su ser, algo le dolía más, con punzadas y latidos intolerables: «Por robar...»

En voz ronca, voz de hombre —que él mismo no conocía y le sonaba de extraño modo— lanzó a la cara de su opresor:

120 —Usted no es mi maestro. ¡Yo no he robao!

Y una interjección feroz y un conato de arrojar al cuello de su enemigo... Un conato solamente; porque si Natario acababa de sentir en su espíritu la virilidad que reforzaba su voz, su cuerpo mezquino cedió inmediatamente: dos brazos fuertes le sujetaron, 125 y puños enérgicos le contundieron, descargando sobre su pecho canijo, sus flacos hombros, sus espaldas precozmente doblegadas, lluvia de trompicones, mientras un pie recio, ancho, intentaba partírle la espinilla con reiterados golpes de los que hacen ver en el aire lucería de color... El niño, desencajado, apretando los dientes, 130 reprimía el grito, el ¡ay! del martirizado; un hilo de sangre brotaba de sus narices magulladas por un puñetazo certero. El señor Romualdo, embriagándose con su propia ira, repetía:

—¡Ladrón! ¡Estafador! ¡Venga el duro, o a la cárcel!

135 Se cansó al fin de pegar, tomó un respiro, soltó al muchacho y se sentó, pasándose el revés de la mano por la frente sudorosa. Natario cayó inerte al suelo; los aprendices ya no reían; uno se levantó, y con el agua de remojar le roció las sienes. El chico abrió los ojos, se incorporó, tambaleándose, y con la cabeza baja se acercó al banco más próximo. Disimuladamente asió una herramienta afilada, una 140 cuchilla de cortar suela, y volviendo hacia el maestro, que resoplaba en su silla, refunfuñando todavía para reclamar el duro, tiró tajo redondo, rebanándole mitad del pescuezo, del cual brotó un surtidor escarlata, mientras el hombre se derrumbaba sin articular un grito.

conato: inicio de una acción que se frustra antes de llegar a su término.

contundir: golpear, magullar.

inerte: inmóvil, paralizado.

PARDO BAZÁN, Emilia: «Un duro falso», en *Cuentos del Realismo*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1996.

Comentario de texto

A. Comprensión del texto

1. ¿Qué rasgos físicos de Natario aparecen en el texto?

El relato nos describe a un niño pobre y desnutrido. Los rasgos que aparecen son: «cabeza, redonda y rapada», «desmedrado», «cabeza pálida y afeitada al rape», «escrofuloso y enteco por desnutrición», «mejilla macilenta», «pecho canijo», «flacos hombros» y «espaldas precozmente doblegadas».

2. ¿Crees que el relato se centra únicamente en la situación del niño Natario o va más allá? Justifica tu respuesta.

La injusticia que rodea la vida de Natario, las continuas humillaciones, pretenden reflejar una problemática que trasciende la historia individual de este niño, que afecta a toda una colectividad: «en su propia ofensa latía la de una colectividad». Es probable que, para denunciar la situación de injusticia de las clases más desfavorecidas, la autora haya escogido precisamente a un niño porque representa el eslabón más débil de la sociedad. En ese niño coexisten mujeres, ancianos, trabajadores, marginados, etcétera.

3. La narradora afirma que Natario, aun siendo pobre, posee «una vena azul cobalto». ¿En qué consiste la nobleza, según el relato?

La nobleza no es una virtud heredada porque en la sangre de Natario, independientemente de su origen humilde, «corría quizá una vena azul cobalto», que le permite soportar las continuas vejaciones y humillaciones. Además, su nobleza se manifiesta también en su honradez y en su espíritu de sacrificio; no quiere vivir de las limosnas ni convertirse en un delincuente. Natario pretende vivir «de su sudor», de su trabajo, aunque por ahora le nieguen la oportunidad de aprender un oficio.

4. En el cuarto párrafo (líneas 22-37) se expone cuál es la tarea que el señor Romualdo encomienda habitualmente a Natario. En él aparece una expresión paradójica que muestra la frustración del protagonista. Anótala y explica su significado.

«Así rompía Natario su calzado propio, sin esperanzas de adiestrarse en fabricar el ajeno nunca». Con esta expresión la autora quiere mostrar que el protagonista no sólo no aprende el oficio de zapatero, sino que destroza sus propios zapatos recorriendo a pie toda la ciudad para cobrar los encargos.

5. Escribe un sinónimo de las palabras:

huraña: arisca, agria, insociable

temple: entereza, serenidad, frialdad

confortar: aliviar

imperiosa: forzosa, necesaria, urgente

B. Contextualización y tipología textual

El cuento pertenece a Emilia Pardo Bazán, escritora española del siglo XIX que forma parte de la corriente naturalista, derivada del Realismo. El Naturalismo, cuyo máximo exponente es el autor francés Émile Zola, intenta descubrir las leyes que rigen el comportamiento humano. Por ello, los autores suelen preferir ambientes de miseria en los que abunda la injusticia. Sin embargo, en España, debido al profundo arraigo del cristianismo, esta corriente refleja únicamente la miseria moral y material. Emilia Pardo Bazán, además de cuentos, también escribió novelas y obras de crítica literaria.

Es un texto narrativo, concretamente un cuento, en el que el narrador omnisciente relata en tercera persona, la historia de un niño aprendiz de zapatero humillado constantemente por su madre, compañeros y maestro, que finalmente, al ser acusado de robar, acaba matando a su maestro. Los hechos se narran de forma lineal pero hay algunos saltos hacia atrás en el tiempo en los que la mente atormentada de Natario recuerda hechos dolorosos como los golpes de su madre, las burlas de sus compañeros de trabajo o lo que había desayunado esa misma mañana.

Como es habitual en el cuento, se prescinde de todo lo superfluo y se narra únicamente lo que es relevante para el desarrollo de la trama principal. Todo lo que se menciona contribuye a explicar lo que ocurre al final del cuento. El hambre, la miseria y las continuas humillaciones desembocan en un ataque de ira final por parte de Natario, harto de soportar las vejaciones de don Romualdo.

En cuanto a lo lingüístico, el carácter narrativo se refleja en el uso de los tiempos verbales: los pretéritos perfectos simples («cansó», «tomó», «soltó», «tiró», «brotó», etc.) expresan cómo se desencadenan las acciones que conducen al trágico final. Los pretéritos imperfectos de indicativo expresan el desarrollo de la acción hasta la escena final y las reflexiones sobre la situación de injusticia continua en la que vive Natario («apremiaba», «faltaba», «exaltaba», «ignorar», «sucede», etc.). Finalmente, el presente de indicativo («aprendes», «viene», «traigo», etc.) es el tiempo más utilizado en los diálogos que se producen entre los personajes del cuento.

C. Tema y argumento

El tema del cuento es la injusticia social y la marginación de las clases más desfavorecidas, que se concreta en la figura de un niño.

En cuanto al argumento, el cuento trata de las trabas y las humillaciones de un niño, Natario, que proviene de una familia muy humilde, y que intenta aprender el oficio de zapatero. Sin embargo, su maestro sólo le encarga que vaya a cobrar a los morosos por toda la ciudad. La tragedia se produce cuando regresa al taller con una moneda falsa y es acusado de ladrón. Después de ser humillado y golpeado brutalmente, pierde la consciencia y al recuperarla le corta el cuello su maestro con un cuchillo.

D. Estructura

a) Externa

El cuento puede estructurarse en tres partes que se corresponden con la introducción, el nudo y el desenlace. En la primera, Natario sale del taller para realizar los cobros a los morosos, que es la tarea que le encomienda su maestro, en lugar de enseñarle el oficio. La segunda se sitúa en la calle después de haber cobrado. El protagonista comprueba cómo los niños de su edad recurren a la mendicidad y al robo para poder sobrevivir, pero él rechaza esas opciones porque es honrado. También se nos describen las humillaciones a que lo someten sus compañeros e incluso su propia madre. En la tercera y última parte, ya en el taller, el señor Romualdo le recrimina que haya traído un duro falso, lo acusa de ladrón y lo apaliza brutalmente. Cuando Natario recupera la consciencia, coge un cuchillo y asesina a su maestro, con lo que se consuma el final trágico del cuento.

b) Interna

El cuento está narrado principalmente en tercera persona omnisciente, que se combina con el diálogo entre los personajes. La omnisciencia se ve reflejada en que el narrador nos cuenta cómo se suceden los acontecimientos y lo que piensa y siente el protagonista («Había un fondo de amargor en el alma oprimida del chico. Le faltaba aire de justicia; se sentía ofendido, menospreciado»). A menudo el narrador matiza sus propias apreciaciones para ponerlas a la altura de la mentalidad y la forma de pensar del protagonista («¡Si Natario, el desmedrado granuja, fuese capaz de aquilatar la exactitud de las denominaciones, sacaría en limpio que no procedía nombrar maestro a quien nada enseña! ¡Aun sin razonarlo, Natario lo percibía, y no podía sufrirlo, señores!»).

Los diálogos y el estilo indirecto libre juegan un papel fundamental ya que transmiten de forma fiel el lenguaje de los personajes: «¿vestú?», «Si tiés hambre, ingéniate como los demás», «¡Es el que man dao! ¡El que man dao! ¡No man... dao... otro!». La incorrección gramatical y el uso de ciertos vocablos es la muestra de que el entorno en el que se desarrolla la historia está plagado de miseria y ruindad material y moral.

Los personajes del cuento son: Natario, su madre, el maestro Romualdo y sus compañeros del taller. Natario es un niño pobre y desnutrido cuya madre paga por su aprendizaje, pero lo trata con desprecio y lo golpea habitualmente («haragán, flojo, zángano... ¡Pum!»). El señor Romualdo, el maestro, es un hombre cruel y desconfiado, que propina una brutal paliza a Natario por un supuesto robo («El señor Romualdo, embriagándose con su propia ira, repetía: ¡Ladrón! ¡Estafador! ¡Venga el duro, o a la cárcel! Se cansó al fin de pegar...»). Finalmente, el resto de aprendices forman un coro que intensifica la sensación de injusticia y desamparo de Natario.

Los espacios que aparecen en el cuento son, además del taller, los que acompañan a Natario en su recorrido diario por la ciudad «persiguiendo»

morosos. En cuanto al tiempo, el externo o histórico puede situarse en la España de finales del siglo XIX o principios del XX, mientras que el interno se reduce a unas pocas horas que coinciden con el horario laboral del niño.

Desde el punto de vista lingüístico, el estilo del cuento alterna entre el lenguaje coloquial y vulgar del habla de los personajes con la precisión, concisión y perfección del lenguaje del narrador cuando relata la historia y analiza los comportamientos, los sentimientos y las reacciones de los personajes.

E. Opinión

A lo largo de la historia de la literatura española han proliferado los protagonistas niños. Un ejemplo paradigmático es Lázaro de Tormes. ¿Crees que se puede calificar a Natario como un pícaro? Justifica tu respuesta.

Respuesta orientativa.

Natario, si bien su origen es de baja condición como el de Lázaro, no intenta prosperar gracias a su astucia y a su ingenio como lo haría el pícaro, sino desarrollando un trabajo digno y honrado.

F. Creación

Una de las doctrinas en las que se sustenta el Naturalismo es el determinismo biológico y social. Esta doctrina postula que el hombre no es libre, su destino está ya marcado y fijado por la herencia biológica y por las circunstancias sociales que condicionan su desarrollo como persona. ¿Cómo se refleja esta doctrina en este cuento?

Respuesta orientativa.

En el cuento se refleja el determinismo porque el protagonista no puede evitar que se consume lo que parece ser su destino: convertirse en un delincuente debido a su condición social, al entorno en el que vive y trabaja, y a su origen familiar.

El camino

empingorotado: que se enorgullece de su posición social ventajosa.

púlpito: plataforma pequeña y elevada que hay en algunas iglesias para predicar desde ella.

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él le afectaba...

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el Bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de este progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Leía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía aplicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de Bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después los estudios superiores, en la Universidad, de otros tantos años, por lo menos. ¿Podría existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de los que ahora contaba Daniel?

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desagradablemente. Que él recordase, era esta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en que pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría rápido el ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades. Tres meses encerrado en un colegio. A Daniel, el Mochuelo, le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que su amigo, Roque, el Moñigo, le dijese que un hombre bien hombre no debe llorar aunque se le muera el padre. Y el Moñigo tampoco era cualquier cosa, aunque contase

dos años más que él y aún no hubiera empezado el Bachillerato. Ni lo empezaría nunca, tampoco. Paco, el herrero, no aspiraba a que su hijo progresase; se conformaba con que fuera herrero como él y tuviese suficiente habilidad para someter el hierro a su capricho.

45 ¡Ese sí que era un oficio bonito!

Daniel, el Mochuelo, no se cansaba nunca de ver a Paco, el herrero, dominando el hierro en la fragua. Le embelesaban aquellos antebrazos gruesos como troncos de árboles, cubiertos de un vello espeso y rojizo, erizados de músculos y nervios. Seguramente Paco, 50 el herrero, levantaría la cómoda de su habitación con uno solo de sus imponentes brazos y sin resentirse. Y de su tórax, ¿qué? Con frecuencia el herrero trabajaba en camiseta y su pecho hercúleo subía y bajaba, al respirar, como si fuera el de un elefante herido. Esto era un hombre. Y no Ramón, el hijo del boticario, empereji- 55 lado y tieso y pálido como una muchacha mórbida y presumida. Si esto era progreso, él decididamente, no quería progresar. Por su parte, se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huerto de la trastera de su casa. No pedía más. Los días laborables fabricaría quesos, como su padre, y los 60 domingos se entretendría con su escopeta, o se iría a pescar truchas o a echar una partida al corro de bolos.

La idea de la marcha desazonaba a Daniel, el Mochuelo. Por la grieta del suelo se filtraba la luz de la planta baja y el haz luminoso se posaba 65 en el techo con una fijeza obsesiva. Habrían de pasar tres meses sin ver aquel hilo fosforescente y sin oír los movimientos quedós de su madre en las faenas domésticas; o los gruñidos 70 ásperos y secos de su padre, siempre malhumorado; o sin respirar aquella atmósfera densa, que se adentraba ahora por la ventana abierta, hecha de aromas de heno recién segado y de resacas boñigas. ¡Dios mío, qué largos eran tres meses!



embelesar: sorprender y cautivar los sentidos.

emperejilar: adornar a alguien con esmero.

mórbido: blando, delicado.

quedo: quieto.

boñiga: excremento del ganado vacuno.

DELIBES, Miguel: *El camino*. Barcelona, Ediciones Destino, 1984.

Comentario de texto para resolver

A. Comprensión del texto

1. El título de la obra, *El camino*, hace alusión a una idea que Delibes quería expresar con el libro: todos tenemos marcado un camino; la felicidad consiste en seguir ese camino aunque sea humilde y no en buscar otro por ambición. ¿Cómo se manifiesta esta idea en el fragmento?
2. Explica el significado de las siguientes expresiones de la lectura:
 - «lamentaba el curso de los acontecimientos»:
 - «empingorotado como un pavo real»:
 - «les miraba a todos por encima del hombro»:
3. Responde a las preguntas:
 - a) ¿La palabra *progreso* significa lo mismo para Daniel que para su padre?
 - b) ¿Se siente satisfecho y realizado el padre de Daniel con su vida?

B. Contextualización y tipología textual

C. Tema y argumento

D. Estructura

- a) Externa
- b) Interna

E. Opinión

¿Te parece poco ambicioso el planteamiento de vida de Daniel o, por el contrario, te parece acertado teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodean?

F. Creación

En los últimos tiempos hemos oído diferentes opiniones sobre lo que significa triunfar en la vida. Los medios de comunicación, la familia, los profesores y los amigos habitualmente no coinciden. «Tener dinero», «gozar de buena salud», «poder viajar por todo el mundo», «vivir sin trabajar», «ser una buena persona», etc., son algunas de las opiniones, entre otras, que la gente comenta normalmente. Expón tu opinión sobre este tema.

Pigmalión

En la antigua Grecia existió hace mucho tiempo un poeta llamado Pigmalión que se dedicaba a construir estatuas tan perfectas que sólo les faltaba hablar.

Una vez terminadas, él les enseñaba muchas de las cosas que sabía: literatura en general, poesía en particular, un poco de política, otro poco de música y, en fin, algo de hacer bromas y chistes y salir adelante en cualquier conversación.

Cuando el poeta juzgaba que ya estaban preparadas, las contemplaba satisfecho durante unos minutos y como quien no quiere la cosa, sin ordenárselo ni nada, las hacía hablar.

Desde ese instante las estatuas se vestían y se iban a la calle y en la calle o en la casa hablaban sin parar de cuanto hay.

El poeta se complacía en su obra y las dejaba hacer, y cuando venían visitas se callaba discretamente (lo cual le servía de alivio) mientras su estatua entretenía a todos, a veces a costa del poeta mismo, con las anécdotas más graciosas.

Lo bueno era que llegaba un momento en que las estatuas, como suele suceder, se creían mejores que su creador, y comenzaban a maldecir de él.

Discurrían que si ya sabían hablar, ahora sólo les faltaba volar, y empezaban a hacer ensayos con toda clase de alas, inclusive las de cera, desprestigiadas hacía poco en una aventura infortunada.

En ocasiones realizaban un verdadero esfuerzo, se ponían rojas, y lograban elevarse dos o tres centímetros, altura que, por supuesto, las mareaba, pues no estaban hechas para ella.

Algunas, arrepentidas, desistían de esto y volvían a conformarse con poder hablar y marear a los demás.

Otras, tercas, persistían en su afán, y los griegos que pasaban por allí las imaginaban locas al verlas dar continuamente aquellos saltitos que ellas consideraban vuelo.

Otras más concluían que el poeta era el causante de todos sus males, saltaran o simplemente hablaran, y trataban de sacarle los ojos.

A veces el poeta se cansaba, les daba una patada en el culo, y ellas caían en forma de pequeños trozos de mármol.

MONTERROSO, Augusto: «Pigmalión», en *Cuentos, fábulas y lo demás es silencio*, México, Alfaguara, 1986.

Comentario de texto para resolver

A. Comprensión del texto

1. ¿A qué mito clásico hace referencia el título del texto?
2. ¿A qué otro mito clásico hace referencia la siguiente cita del texto: «y empezaban a hacer ensayos con toda clase de alas, inclusive las de cera, desprestigiadas hacía poco en una aventura infortunada»?
3. Busca en el texto palabras equivalentes a los siguientes términos:
consideraba:
se deleitaba:
sensatamente:
testarudas:
descanso:
continuaban:
4. Localiza algún rasgo humorístico presente en el texto.

B. Contextualización y tipología textual

C. Tema y argumento

D. Estructura

- a) Externa
- b) Interna

E. Opinión

Monterroso lleva a cabo en este relato una desmitificación humorística de un mito bien conocido. ¿Qué recursos utiliza?

F. Creación

Monterroso retoma y reinterpreta el mito de Pígalión. Después de leer la versión clásica, en la que el escultor se llega a enamorar de su creación o bien la sinopsis de *Frankenstein o el Prometeo moderno*, de la novelista romántica Mary Shelley, escribe un texto narrativo en el que la relación entre creador y creación sea diferente. Piensa en la orientación que le vas a dar y en el tono (trágico, objetivo, humorístico, etc.).